

Entre arcos y azulejos

Casas moriscas de Cartagena de Indias y Barranquilla. El neonazarí en la arquitectura republicana (1918-1930)

KAREN DAVID DACCARETT

Universidad de Antioquia, Medellín, 2018, 200 pp.

¿CÓMO UN estilo arquitectónico y decorativo del siglo XIV (y quizás también del XIII) terminó replicándose en las ciudades del Caribe colombiano al menos seiscientos años después? Esa es la pregunta que, a través de este libro, busca responder Karen David Daccarett. La investigadora lleva años interesada en la presencia árabe en nuestro país, y es autora de libros sobre la talla de nácar palestina y el diseño neoárabe. Es como si, de un modo u otro, llevara años rodeando el tema, hasta que al fin, con este trabajo, cogiera el toro por los cuernos. Se fajó un volumen profundo sobre el que quizás sea el más visual entre los elementos de las diferentes expresiones árabes en Colombia: las casas de estilo neonazarí de barrios como El Prado, en Barranquilla, y Manga y Pie de la Popa, en Cartagena. ¿Por qué, en tiempos ya republicanos y *nouveau* (es decir, a finales del siglo XIX y comienzos del XX), y en una Colombia conservadora que siempre miró con malos ojos toda expresión no cristiana, floreció un estilo tan especial, tan notorio y, digámoslo así, tan lejano en el tiempo?

Daccarett va mucho más allá de la respuesta simple de que tanto Barranquilla como Cartagena han sido ciudades portuarias, lo que permitió la entrada de culturas foráneas, y entra en cifras y detalles: dice quiénes llegaron y en qué año, y no solo habla de personajes, sino también de compañías constructoras y fabricantes de azulejos. Y pone los ojos en el contexto mundial de la época. Deja ver, entonces, cómo la narrativa, la dramaturgia y la poesía de aquellos días miraban con fascinación al Medio Oriente; esas eran las lecturas —cargadas de tórridos romances— que arrasaban, por ejemplo, entre las jóvenes del Caribe colombiano. La moda también estaba afectada por el toque “árabe”. ¿Pero

de dónde venía todo esto? ¿Cómo y por qué el mundo vivía este *revival*?

Antes de concentrarse en el análisis minucioso de las casas objeto de estudio, Daccarett dedica unas buenas páginas a responder a estas preguntas, y la clave parece estar en una de las más bellas creaciones arquitectónicas de la historia: la Alhambra.

O quizás ni siquiera en la Alhambra, sino en un hombre: Owen Jones, un arquitecto inglés que en 1834 quedó deslumbrado con la edificación y es considerado en la historia de la arquitectura como el padre del *revival nazarí*. (Hay que decir que apenas unos años antes, el escritor Washington Irving había pasado una larga temporada en la estancia que inspiró sus famosos *Cuentos de la Alhambra*, así que, es innegable, también puso su parte.)

Por los días en que Owen Jones visitó la Alhambra, esta era una mezcla de regimiento militar y edificio abandonado. Aun así, el hombre sucumbió ante su belleza. Es más, tuvo algo parecido a una epifanía: fue como si se le revelaran una estética, un cromatismo, un orden de formas y curvas, hasta una concepción de mundo, si se quiere, que llevaban tiempo dormidos. Al publicar en Londres *Plans, Elevations, Sections and Details of the Alhambra*, Jones

[...] es el que difunde en Europa dicho sistema decorativo, mediante su cuidada esquematización, popularizando de esta manera el *moresque ornament* y su cromatismo, todo ello derivado de estudios analíticos *in situ*. “Morisco” fue entonces uno de los términos acuñados por la historiografía decimonónica para denominar las evocaciones de la arquitectura hispanomusulmana, y en el Caribe colombiano se empleará incluso hasta buena parte del siglo XX. (pp. 20-21)

Tanto los ricos como quienes estaban a cargo de las exposiciones y los espacios públicos se interesaron de inmediato en lo que Jones, experto en decoración de interiores, proponía a través del libro. El hombre no solo tenía la intención de redescubrir un pasado, sino también de proponerlo como una nueva estética.

Entonces, el libro de Daccarett se vuelve fascinante: al paso de las pági-

nas, comienzan a aparecer las imágenes del trabajo de Jones (y de quienes siguieron su estilo), y se va haciendo claro cómo la Alhambra se tornó en el gran referente: los nuevos salones y patios imitaban, calcaban a veces, cada uno de los detalles del conjunto que llevaba años cercano al abandono. El interés por “lo árabe”, obviamente, terminaría entonces permeando todo, no solo la arquitectura. Las artes, en medio de la Revolución Industrial y la entrada a un nuevo siglo, de pronto se interesaban otra vez en el Medio Oriente.

El fenómeno entró en Colombia a través de los puertos y de múltiples formas: extranjeros que llegaban (no necesariamente “árabes”: este *revival* no fue una evocación de la patria olvidada, sino más bien una moda global; un interés más occidental que oriental, en últimas), libros, revistas y folletos, nuevas empresas de construcción, fábricas de azulejos, colombianos acomodados que volvían de vacacionar en Europa, etc. Tras dar una buena mirada a este punto, Daccarett se concentra en el aspecto principal del libro: las casas Covo, Román y de Pombo, en Cartagena, y Osorio, Martín Blanco 1 y Martín Blanco 2, en Barranquilla, que son quizás las que en mejor estado se encuentran, pues muchas de las construcciones neonazaríes de aquella época o ya no existen o han pasado por tantas intervenciones, reconstrucciones o demoliciones parciales que resulta muy difícil encontrar en ellas vestigios de esos días, y sin embargo, Daccarett no deja de nombrarlas (y no deja de referirse a algunos detalles que aún les quedan).

Como lo decía párrafos arriba, buena parte de la riqueza de este libro está en las imágenes. Sin ellas, sería casi un “ladrillo”. Pero cuando uno puede ver claramente en las fotografías cómo son, por ejemplo, las cenefas con caligrafía cúfica trenzada de la Casa Román, los paneles de *sebka* de las albanegas en la Casa de Pombo, o los atauriques de base geométrica y caligrafía foliácea de la Casa Osorio, a los que Daccarett va haciendo referencia en el texto, el libro se convierte en una experiencia estética muy emocionante.

Queda una duda. Si bien Daccarett alude a algunos pabellones de la Exposición del Centenario (1910) que se llevó a cabo en Bogotá, pabellones que

tuvieron elementos del orientalismo de la época, lo cual los “hermanaría” con las casas objeto de estudio de Cartagena y Barranquilla, el lector se pregunta: ¿no hubo arquitectura doméstica morisca en el interior del país? Y si no fue así, ¿por qué? A veces en ciertas edificaciones urbanas, por ejemplo de Bogotá, Cali y Medellín, o en algunas construcciones campesinas de la sabana central, todas de la primera mitad del siglo XX, uno cree percibir cierta evocación, casi excéntrica, de la Alhambra y su estilo. Quizás un tema para que Karen David Daccarett, a quien se le nota el disfrute de la investigación, le meta el diente.

Andrés Arias